

CARTAS INÉDITAS DE MANUEL GARCÍA MORENTE A SERAPIO HUICI Y A JOSÉ DE LA MUELA

UNPUBLISHED LETTERS FROM MANUEL GARCÍA
MORENTE TO SERAPIO HUICI AND JOSÉ DE LA MUELA

Manuel García Morente

Javier Carballo, OP

Facultad de Teología de San Esteban de Salamanca

Resumen: *El artículo recoge cinco cartas inéditas de Manuel García Morente, reconocido filósofo español, amigo y discípulo de José Ortega y Gasset. Cuatro de ellas las dirige a Serapio Huici y una a José de la Muela. En ellas podemos encontrar un valioso material que ayuda a comprender el sentido de su conversión a la fe católica, relatado por él mismo en el escrito conocido como “El hecho extraordinario”. Asimismo, también encontraremos unas sugerentes reflexiones sobre la naturaleza de la fe y su relación con la filosofía en la búsqueda común de la verdad.*

Palabras clave: *Manuel García Morente, el hecho extraordinario, conversión, fe católica, razón y fe.*

Abstract: *The article collects five unpublished letters from Manuel García Morente, renowned Spanish philosopher, friend and disciple of José Ortega y Gasset. Four of them are addressed to Serapio Huici and one to José de la Muela. In them, we can find a valuable*

material that helps to understand the meaning of his conversion to the Catholic faith, related by himself in the text known as "El hecho extraordinario" ("The extraordinary event"). Likewise, we will also find suggestive reflections on the nature of faith and its relationship with philosophy in the common search for truth.

Keywords: *Manuel García Morente, the extraordinary event, conversion, catholic faith, faith and reason.*

INTRODUCCIÓN

El filósofo Manuel García Morente (1886-1942) fue uno de los discípulos y amigos más próximos a José Ortega y Gasset y sigue siendo ampliamente conocido por su labor de traducción y edición de numerosas obras filosóficas de referencia y por dar cuerpo y prestigio a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de Madrid en los años anteriores a la guerra civil española de 1936. Admirado por su proverbial claridad expositiva, muchas de sus propias obras filosóficas continúan teniendo no sólo un destacado valor pedagógico sino también una sorprendente actualidad, lo que le ha convertido en un referente ineludible de la filosofía española del siglo XX. Después de su conversión al catolicismo en 1937, Morente se esforzó por buscar la armonía y complementariedad de la fe y la razón en la aproximación a la verdad. Pero no tuvo tiempo para desarrollar una síntesis convergente de la filosofía de la vida de cuño orteguiano con la teología católica a la que empezaba a asomarse.

Como otros muchos pensadores de su tiempo, Morente también desplegó una gran actividad epistolar. Bastantes cartas que se han conservado han sido publicadas en la edición de sus *Obras Completas*¹. Algunas otras han ido apareciendo y publicándose posteriormente, entre las que cabe destacar las dos cartas publicadas en el libro *Los Ortega*, de José Ortega Spottorno² y las cartas que Morente escribe a Alberto Jiménez Fraud, editadas por el profesor Juan Miguel Palacios³, y recientemente también publicadas, junto a alguna otra más, en el *Epistolario* de Alberto Jiménez Fraud⁴. Todas ellas ayudan a comprender el sentido de su conversión a la fe cristiana, cuyo relato fue magistralmente

¹ Cf. Manuel GARCÍA MORENTE, *Obras completas* (edición de Juan Miguel Palacios y Rogelio Rovira), Barcelona, Fundación Caja de Madrid y Editorial Anthropos, 1996, 4 vols. Las cartas aparecen en el tomo II, volumen 2, pp. 501-572.

² Se trata de dos cartas que Morente dirige a José Ortega y Gasset en 1936, publicadas en José ORTEGA SPOTTORNO, *Los Ortega*, Barcelona, Taurus, 2002, pp. 218-223.

³ Cf. Juan Miguel PALACIOS, "Vía crucis de un filósofo. Cartas inéditas de Manuel García Morente a Alberto Jiménez Fraud relativas al proceso narrado en El hecho extraordinario", en *Diálogo Filosófico* 100 (2018) 57-85.

⁴ Cf. Alberto JIMÉNEZ FRAUD, *Epistolario*, edición de James Valender, José García Velasco, Tatiana Aguilar-Álvarez Bay y Trilce Arroyo, 3 vols., Madrid, Fundación Unicaja / Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2017. Sobre todo el segundo volumen: *Epistolario II*.

narrado por él mismo en la larga carta que le dirige a su director espiritual en septiembre de 1940, en vísperas de su ordenación sacerdotal, conocida como “*El hecho extraordinario*”⁵.

Cuatro cartas inéditas de las cinco que aquí se publican las escribe nuestro filósofo a Serapio Huici entre septiembre de 1938 y enero de 1939. Ya en la edición de sus *Obras Completas* aparece otra carta algo anterior, del 15 de julio de 1938, que Morente escribe al mismo destinatario⁶. La quinta carta que se recoge en esta publicación se la dirige el 16 de agosto de 1938 a su amigo maglagueño José de la Muela⁷.

Serapio Huici Lazcano fue un ingeniero, empresario y editor español, nacido en Villava (Navarra) el 3 de septiembre de 1868. Además de participar en importantes proyectos industriales y bancarios, colaboró en la creación de varias empresas editoriales: cofundó en 1903 el *Diario de Navarra*, cofundó y presidió la editorial *Espasa-Calpe* y fue fundador a finales de 1917 del periódico *El Sol*, lugar común del ambiente intelectual y literario de la época, lo que le vinculó a Ortega y Morente. Fue, además, un gran aficionado a la arqueología y a las artes de su región y zonas limítrofes, sobre las que realizó diversas conferencias y publicaciones. Muere en Madrid el 11 de diciembre de 1953⁸.

Morente escribe estas cartas a Serapio Huici después de regresar a España el 26 de junio de 1938, primero desde Vigo y luego desde el monasterio mercedario de Poio (Pontevedra), a donde le envía el obispo Eijo y Garay hasta que se pueda incorporar al seminario de Madrid para prepararse a recibir las órdenes sagradas, y donde ahora le vamos a oír decir que está “*dedicado por completo a las dos ocupaciones de orar y estudiar*”.

El objetivo principal de esta correspondencia es agradecerle a D. Serapio la ayuda generosa que le ha brindado para sus dos hijas y otros familiares, que

⁵ Como es sabido, el título “*El hecho extraordinario*” es el nombre que su primer editor, Mauricio de Iriarte, le puso a la larga carta que Morente le escribe en septiembre de 1940 a José María García Lahiguera para exponerle el excepcional suceso que había vivido en París la noche del 29 al 30 de abril de 1937. Aparece publicada esta carta por primera vez en Mauricio DE IRIARTE S.J., *El profesor García Morente, sacerdote*, Madrid, Espasa-Calpe, 1951, pp. 58-90. La carta original ha sido reeditada, corregidas las erratas de la primera edición e incluidas las omisiones, en Manuel GARCÍA MORENTE, *Relato de la conversión* (edición de Javier Carballo), Salamanca, San Esteban, 2008, pp. 17-63.

⁶ Cf. Manuel GARCÍA MORENTE, *Obras completas...* Tomo II, volumen 2, pp. 514-516.

⁷ La familia de Serapio Huici conservaba siete cartas inéditas de Morente a D. Serapio, que recientemente dieron a conocer a la nieta de nuestro filósofo, la hermana Carmen Bonelli. De las siete cartas se publican aquí cuatro, las que tienen un mayor interés para comprender la evolución de su figura y pensamiento. También la carta a José de la Muela fue entregada hace unos meses por su familia a la nieta de nuestro filósofo. Gracias a sus respectivas familias y a la amabilidad de Carmen Bonelli y de Juan Miguel Palacios se publican ahora en *Estudios Filosóficos*.

⁸ Cf. https://es.wikipedia.org/wiki/Serapio_Huici y dbe.rah.es/biografias/12332/serapio-huici-lazcano (consultados el 15 de noviembre de 2018).

finalmente se trasladarán a San Sebastián. Un grupo en total de cinco mujeres y dos niños que habían estado con Morente en Argentina desde junio de 1937 hasta que regresan a España un año después. Nuestro filósofo quiere dejar a su familia en buenas condiciones de vida y trabajo para poder ingresar en el seminario y prepararse a su ordenación sacerdotal.

La carta a su amigo José de la Muela tiene otro tono más personal e íntimo. Trata de explicarle lo que ha motivado su proceso de conversión y las decisiones posteriores que ha tomado. José de la Muela (1885-1952) era uno de los amigos más cercanos a Manuel García Morente. Su amistad venía de los años de estudiantes universitarios en Madrid, probablemente desde 1907, cuando Morente convalida su licencia en filosofía y posteriormente comenzará su doctorado en la Universidad Central de Madrid, mientras que Pepe La Muela es estudiante de ingeniería de minas. Incluso parece que compartieron piso durante un tiempo, junto a otros amigos, en la capital madrileña. Ambos formarán parte de la conocida entonces como “peña malagueña”, a la que también pertenecerán, entre otros, José Moreno Villa y Alberto Jiménez Fraud.

Esta carta, escrita desde Vigo el 16 de agosto de 1938, abunda más en explicaciones sobre su proceso personal de conversión. Ante la extrañeza de su amigo por su nueva condición de cristiano que incluso quiere ordenarse sacerdote, le responde: *“Tú me conoces bien; sabes cómo soy; y conociéndome no es difícil comprender la resolución que he tomado. Siempre he sido muy sensible a los llamamientos de la conciencia. ¿Cómo podía desoír la voz imperiosa de Dios, que desde hace más de un año me llama sin cesar y me señala el camino por donde debo ir?”*.

Ahora bien, con ocasión de estas misivas, veremos a Morente desgranar una serie de reflexiones no sólo sobre su proceso personal de conversión sino también sobre la naturaleza de la fe católica que ha abrazado y su relación con el pensamiento filosófico. No se cansará de repetir después de su conversión que es *“un hombre nuevo”*, como dice en estas cartas: *“fue como hacer de mí otro hombre”* o *“hizo de mí otro hombre en mi alma”*. Para Morente lo que cambia es el sujeto en la continuidad permanente de la persona, en la que vienen a fundirse las sucesivas transformaciones: ahora es el nuevo sujeto creyente de Morente el que se fusiona e integra con el filósofo. Es *“el mismo”* pero no *“lo mismo”*: es la misma persona en un sujeto nuevo. Con ello viene a afirmar que no hay una ruptura con el filósofo anterior a la conversión sino una continuidad de la persona en el nuevo sujeto que es ahora el Morente cristiano. En una de sus últimas intervenciones en 1942, un mes antes de su fallecimiento, sostenía: *“Yo puedo decir que cada una de las etapas sucesivas de mi vida consiste en una sucesión de sujetos diferentes. Que el sujeto de diez años que asistía al Instituto no es el mismo que el de veinte años, estudiante de la Sorbona, ni es el mismo que el catedrático de veinticinco, ni el personaje diabólico de los treinta, ni el menos diabólico de los cuarenta años, ni es el mismo que el sacerdote de cincuenta y siete que no encuentra un momento adecuado para caer de rodillas y dar rendidas gracias al Señor.*

*Y, sin embargo, soy el mismo. Todos estos sujetos van sucediéndose uno detrás de otro y son distintos el uno al otro, pero vienen a fundirse en la unidad de la persona*⁹.

¿Cómo se integra la fe en su pensamiento filosófico? Obviamente, en estas cartas no vamos a encontrar un desarrollo completo, ni siquiera un planteamiento general del problema sino una serie de ideas sólo apuntadas o iniciadas, pero que nos permiten entrever la nueva perspectiva de su pensamiento y el interés que tiene por mostrar una integración armoniosa de fe y filosofía al servicio de la búsqueda de la verdad. Ahora afirmará que está *“tranquilo con respecto a lo que es la verdad”*, pues *“el hombre que aspire a la posesión de una verdad segura y definitiva, de una verdad que tranquilice y aquiete el ánimo, dándole la paz de la convicción total, que no vaya a pedirla ni a la filosofía ni a la ciencia...”*. La verdad de la fe es la que *“viene en socorro del naufrago, a quien zarandean los oleajes de la filosofía y de la ciencia”* y la que le proporciona a nuestro filósofo *“una firmeza de orientación y de convicción”* que le llenará de paz interior y de alegría. Esta verdad de la fe se le va a revelar y descubrir en Jesucristo *“sufriendo también y amando en pleno sufrimiento”*. Por otro lado, también insinúa unas sugerentes reflexiones sobre la naturaleza de la fe, donde *“querer creer”* viene a ser el requisito esencial para el desarrollo de la misma.

Estas cartas son una pequeña contribución, aunque no por ello carente de interés y valor, para comprender el proceso y el alcance de la conversión del filósofo español y un estímulo para la reflexión sobre la cooperación del saber de la fe con el saber filosófico en la búsqueda común de la verdad. Las aportaciones de Manuel García Morente serán siempre un referente valioso para la reflexión sobre las relaciones entre la fe religiosa y la filosofía.

Cartas de Manuel García Morente a Serapio Huici

I.

Vigo, 5 de septiembre de 1938

Mi querido Don Serapio.

Ayer recibí su carta del 2 y esta mañana he recibido carta de Araoz que me dice más o menos lo mismo que usted. No sé, no sabemos aquí en esta casa cómo agradecer a usted su interés y su bondad para con nosotros. Mis hijas y cuñada¹⁰ tienen firmísimo propósito de hacer lo posible y lo imposible porque

⁹ Manuel GARCÍA MORENTE, *La idea filosófica de la personalidad en San Juan de la Cruz*, en *Obras completas...* tomo II, volumen 2, p. 369.

¹⁰ Manuel García Morente tiene dos hijas: la mayor, María Josefa, y la menor, Carmen (posteriormente profesará como religiosa de La Asunción con el nombre de sor Almudena) García y García del Cid. Su hija mayor es la viuda de Ernesto Bonelli, asesinado a finales de agosto de

sus jefes queden siempre contentos con ellas y suplir con el esfuerzo lo que de momento les falte de preparación. Son buenas, diligentes y listas; creo que enseguida adquirirán lo que de conocimiento y técnica les falte y llegarán a ser muy pronto unas empleadas modelo. Ellas quieren serlo y confío en que lo lograrán. Así es que antes de fin de mes estarán en San Sebastián, a las órdenes de sus jefes. Araoz me dice que deja a nuestra comodidad la fecha para comenzar el trabajo en las oficinas. Mas como yo me instalo en el convento de Poyo el jueves 8, ellas permanecerán aquí un par de días más, para arreglar los pequeños asuntos pendientes y hacia el 10 o el 12 se irán a Valladolid, allí estarán unos días, mientras mi hija mayor, la viuda, hace algunas gestiones encaminadas a obtener la viudedad por su marido asesinado. Calculo pues que entre el 20 ó 25 estén en San Sebastián y se presenten a Araoz. Para todos nosotros está usted siendo órgano de la Providencia. ¡Dios se lo pague!

Quisiera recordar a usted –y no me tache de pedante– una palabra de Pascal. Hela aquí: “Mon Dieu, je ne vous chercherais pas, si je ne vous avais déjà trouvé”¹¹. Estoy persuadido de su profunda verdad. Porque en cuestión de fe lo principal es “querer creer”. El que busca a Dios, es porque ya lo ha encontrado; el que pide a Dios la gracia es porque ya la tiene. Al que no la tiene, ni siquiera puede ocurrírsele pedirla. Pero quien la pide muy de veras, con toda su alma y todo su corazón, es porque ya ha sido besado por el aliento divino. Lo que hace falta es progresar en la posesión de la fe. Y para ello, creo que lo mejor es seguir siempre el mismo proceso inicial o sea *querer creer* más y más; que cada nuevo progreso que se *quiere* realizar se realiza ya, con sólo quererlo. La misericordia de Dios es tan grande que se da íntegramente y sin reserva a quien sinceramente pide su gracia. Es la conquista más fácil para el hombre; porque le basta iniciarla para lograrla.

Para el jueves 8 estaré ya instalado en el convento de Poyo, a donde, como decía a usted en mi anterior carta, me coloca el Señor Obispo¹², mientras llega el momento de abrir el seminario de Madrid. Allí puede usted escribirme a mi nombre y las señas: Convento de los PP. Mercedarios. Poyo –Pontevedra– Apartado 5.

Con el mayor respeto y cariño le abraza su reconocido e inquebrantable amigo.

MGMMorente

1936 en Toledo, que tiene a su cargo los dos hijos pequeños del matrimonio: Carmen y Emilio Bonelli García-Morente. Su cuñada es Trinidad García del Cid y Alarcón.

¹¹ “Dios mío, no te buscaría si no te hubiese encontrado”.

¹² Se refiere al entonces obispo de Madrid-Alcalá, Leopoldo Eijo y Garay.

II.

Poyo, 12 de octubre de 1938

Mi querido Don Serapio.

Ya se encuentran mis hijas, mi cuñada y mis nietos en San Sebastián, gracias a Dios y a usted. Ya van a la oficina mi cuñada y mi hija Carmencita y están encantadas de todo y de todos. Han encontrado casa, a los muy pocos días de comenzar a buscarla. Viven en Larramendi 6, 1º Dª (se lo digo por si usted las necesitara para algo, que se desvivirán por servirle). Todo esto ha quedado resuelto en el espacio de un mes, como ni el más optimista podía imaginar. Gracias a usted. Usted ha sido para mí y los míos el instrumento de la Providencia; que desde hace año y medio se complace en derramar sobre nuestra familia sus gracias y favores. Ahora para remate estoy viviendo en este santo convento de los PP. Mercedarios, dedicado por completo a las dos ocupaciones de orar y de estudiar. Estudio nuestra sagrada religión, que en realidad desconocía por completo. Y rezo por mí, por los míos y por mis amigos y bienhechores, entre los cuales coloco a usted, querido Don Serapio, en primera línea. ¡Quiera Dios ayudarle en sus esfuerzos y afanes interiores! ¡Quiera Dios convertir en foco intenso de luz la llamita encendida en su alma! La fe la da Dios siempre; la está ofreciendo en todo momento a todos los hombres; no hay más que tomarla. Pero hay que tomarla; hay que realizar el acto de la voluntad. Una vez realizado ese acto, una vez que uno ha visto que, puesto que *puede* creer, debe creer, ya todo marcha perfectamente, porque entonces empiezan a sentirse los frutos inmediatos de la resolución tomada. Y el primero y fundamental es una fijación clara y precisa de lo que es el mundo y la vida. Por fin ya sabe uno a qué atenerse. Yo de mí le sé decir a usted, que, desde que me abracé con lágrimas de puro gozo y gratitud a Nuestro Señor Jesucristo, he adquirido una firmeza de orientación y de convicción que me maravilla y me transporta de alegría. Ahora sé; antes no sabía. El universo, la vida, el hombre eran antes para mí problemas muy interesantes, a los que en la historia se habían dado soluciones muy interesantes y en la actualidad se seguían dando otras soluciones también muy interesantes. Pero ¿cuál era la verdadera? Ni la filosofía ni la ciencia pudo jamás contestarme a esta pregunta. Las teorías de los pensadores se disputaban mi ánimo y pugnaban por obtener mi asentimiento. Pero yo en realidad no sabía bien a quien concedérselo; unas veces me parecía esto, otras lo otro. En realidad vivía desorientado, inquieto, como náufrago en el piélago de las doctrinas y sin saber a qué atenerme. Y así en realidad viven todos los hombres de nuestro tiempo, que no se han resuelto a abrazar la verdad de nuestra religión. Lo único pues que me sostenía era una especie de convicción moral diaria o consuetudinaria, que en cada caso me hacía discernir lo honrado y honesto y me impulsaba a practicarlos, no sin grandes y dolorosas caídas. Era como un instinto del bien, que actuaba en cada momento particular. Pero un instinto, un olfato es guía demasiado aleatorio y peligroso. La vida de un hombre, de un ser racional –y más si se precia de culto– no puede

abandonarse a la inspiración de un instinto, de una sospecha, de un olfateo, en cada caso particular. Necesita un saber, una certidumbre, una convicción total, fundamental, definitiva. Pues bien, eso, por mucho que usted lo busque en la ciencia y la filosofía actuales y pasadas, no lo encontrará jamás. La ciencia, desde luego, por cada problema que resuelve, plantea otros mil más formidables y que no resuelve. Pero la filosofía que pretende tomar la cuestión en su totalidad ¿qué consigue? Teorías más o menos plausibles y que tan pronto como son enunciadas empiezan a ser criticadas. El hombre que aspire a la posesión de una verdad segura y definitiva, de una verdad que tranquilice y aquiete su ánimo, dándole la paz de la convicción total, que no vaya a pedirla ni a la filosofía ni a la ciencia, o habrá de contentarse con ignorar siempre lo último y habrá de acomodarse como pueda a la inestabilidad, inseguridad y particularismo de las opiniones más o menos plausibles de hombres más o menos sabios. Pero el que *quiere* creer, es justamente porque no se satisface con lo que le brindan las producciones humanas. Y entonces en ese estado de ánimo tiene ya el requisito esencial para el desarrollo de la fe. La fe viene en socorro del náufrago, a quien zarandean los oleajes de la filosofía y de la ciencia.

Yo, querido Don Serapio, me siento ahora otro hombre, un hombre nuevo. Por muchas razones. Pero una de ellas, porque ahora estoy tranquilo con respecto a lo que es la verdad. Caminando por entre las filosofías, andaba siempre como escamado. ¿Será? ¿No será? Pero desde que la luz de la fe alumbró mi alma, ya sé muy bien a qué atenerme. Podrán caer sobre mí las más tremendas desventuras, si a Dios le place probarme y aquilatarme. Pero lo que ya no podré jamás perder es la paz interior, el asiento del espíritu, la inmovible calma y con ella la esperanza perfecta, que no es sino la seguridad plena de quien tiene cimentada su vida en la verdad. Y eso es lo que la cultura profana no nos proporciona nunca, esa perfecta, tranquila y segura posesión de la verdad fundamental.

Pero veo, querido Don Serapio, que me meto en honduras, que exceden de los límites lícitos en el estilo epistolar. Confío en su bondad para perdonarme. Además usted mismo me ha tirado de la lengua. Deme pronto noticias tuyas. Yo no sé todavía hasta cuándo permaneceré aquí; depende de que el Sr. Obispo de Madrid¹³ consiga establecer y abrir su seminario. Pero entre los padres de la Merced estoy tan bien y tan contento y aprovechando tan fructuosamente el tiempo, que no siento impaciencia ninguna.

Un abrazo muy apretado de su agradecido amigo.

MGMorente
Convento de PP. Mercedarios de Poyo – Apartado 5. Pontevedra

¹³ Ver nota 12.

III.

Poyo, 14 de noviembre de 1938

Mi querido Don Serapio.

Hoy es el día de su santo, si no me equivoco y si en efecto lleva usted el nombre del santo mercedario, que en esta comunidad celebramos hoy con solemne culto y recuerdo. Figúrese usted, mi buen amigo, lo que todo el día estoy pensando en usted; y ahora al anochecer, en mi celda, le escribo para decirle cuanto afecto y gratitud guarda mi corazón hacia usted y cuanto pido todos los días, pero hoy singularmente, al Señor, por las intenciones de su voluntad y las conveniencias de su alma. Ya creo que lo que a usted le sucede es algo que con frecuencia acontece a los hombres de inteligencia y sensibilidad refinadas; y es que les cuesta trabajo establecer la separación entre la relación suya con Dios y la realidad humana ambiente. El hombre es una bien pequeña cosa y bien mezquina; y en efecto, como usted nota, raro es el que no cae o en el fariseísmo o en la inconsciencia. Pero nuestra religión católica está tan ampliamente organizada, en su interna complejidad, que para cada alma tiene Dios su palabra, su mirada y su caricia. El valor personal, individual de quienes profesan o practican o administran nuestra fe, es absolutamente independiente de esa fe misma y de la práctica que cada uno de nosotros le demos. Ejemplo claro: el sacramento de la penitencia es perfectamente válido, sea cual fuere el valor moral personal del sacerdote con quien uno se confiesa y aunque este sacerdote sea en su corazón un criminal. De manera que si en vez de poner los ojos en lo contingente, en lo efímero, en lo insuficiente de la naturaleza, se tienen puestos de continuo en la sobrenaturaleza, que Dios nos ha concedido poder superponer a la naturaleza, entonces el espectáculo de esa que usted con razón llama "falta de espíritu evangélico", en los profesionales de la religión y el espectáculo de ese fariseísmo o inconsciencia de los seglares, lejos de turbarle y tirarle hacia abajo, habrá de encenderle en mayor caridad, en mayor amor de Dios y de ellos mismos. ¡Pobres! Necesitan de mayores cuidados. Hay que dárselos; hay que enseñarles la religión auténtica; hacérsela sentir; hacerles ver que Dios es para nosotros todos un padre infinitamente bondadoso, cordial, efusivo, en cuyo seno podemos siempre refugiarnos con la seguridad de encontrar consuelo y paz eternos. El trabajo de evangelización es tan necesario hoy como en el año 33 de la era cristiana. Porque el hombre necesita, hoy como ayer y como siempre, encontrar su salvación por la vía de la entrega a Dios. Por eso yo no creo que haya para un verdadero creyente función y misión más elevada que la del sacerdocio. ¿Qué muchos, muchísimos sacerdotes, no están a la altura de su misión? Ya lo sé; ya lo veo. Y eso precisamente me enciende más todavía en la resolución de ayudar en lo que yo pueda a que esa misión evangélica se realice lo menos mal posible. Pero es evidente que *lo religioso, la religión*, no depende en nada de lo que personalmente, individualmente sean y hagan los hombres que la practican.

Por eso conviene siempre resbalar la mirada sobre el hombre concreto, para dirigirla a Dios mismo, a infinita distancia del hombre concreto, aunque este sea sacerdote.

Mas por otra parte la religión es una actitud y actividad humana; los actos religiosos los verifica el hombre; y el hombre colectivamente, en sociedad con otros hombres. Si fuéramos a juzgar el valor de la religión por el valor de esos otros hombres, congéneres nuestros, con quienes tenemos necesariamente que practicar la religión, entonces cometeríamos el error de aplicar al espíritu la medida de la materia; es como si quisiéramos medir el agua con metro lineal o la línea con metro cúbico. El hombre –que es naturaleza creada y radicalmente pecaminosa– no tiene por sí mismo común medida con Dios, sino que Dios lo eleva a Él por la gracia. Y así no puede hacerse responsable a la religión de las culpas de los hombres; y aun cuando cabe pedir a los hombres que sean santos, no es lícito admirarse de que no lo consigan ser.

Más adelante alude usted al diálogo de N. S. [Nuestro Señor] con la Samaritana; y sin duda piensa usted en la famosa frase de que hay que adorar al Padre en espíritu y verdad. ¡Cuánta razón tiene! Eso en efecto vino a enseñar N. S. [Nuestro Señor]; que no hay ni tiene valor alguno la religiosidad que no se funde esencialmente en “espíritu y verdad”. Sin esta íntima disposición nada vale; lo demás son gestos, palabras, objetos materiales. La ceremonia mejor dispuesta, la más complicada de ritual y de oraciones verbales, la más suntuosa de genuflexiones, prosternaciones, ropajes, no es nada y se disipa en vano humo, si no lleva dentro una sincera y auténtica dedicación espiritual, eso que superiormente llama N. S. [Nuestro Señor] el “espíritu y la verdad”. Cumplir con la letra o materia de la ley no es cumplir con Dios; que quiere nuestro corazón, no nuestro brazo. Tiene usted pues muchísima razón en creer que en ese diálogo con la Samaritana se encierra todo el contenido de la religión universal: la relación íntima del hombre con su padre eterno e infinitamente bondadoso. Pero no despreciemos por eso las obras y las palabras, que se añadan debidamente a la pura fe y a la pura oración mental. La expresión exterior visible agrega vigor y fuerza a las emociones interiores; tanto que muchos psicólogos modernos han podido seguir y aplaudir a William James, cuando éste define la emoción por su expresión exclusivamente y da forma a su idea diciendo: “que no lloramos porque estamos tristes, sino que estamos tristes porque lloramos”. Sin aceptar una fórmula tan exagerada, podemos sin embargo confesar que lo interno se robustece, se prolonga, se explicita por medio de lo externo; y aplicado esto a nuestro caso, diremos que la fe interna, la devoción, el “espíritu y verdad”, se densifican, se plasman, se robustecen por la práctica exterior, la oración verbal, la genuflexión, el culto. Otra frase de Pascal le citaré, que define admirablemente la relación entre lo interior y lo exterior en la vida religiosa: “Il faut que l’extérieur soit joint à l’intérieur...; c’est-à-dire que l’on se mette à

genoux, prie des lèvres, etc... Attendre de cet extérieur le secours, c'est être superstitieux; ne pas vouloir le joindre à l'intérieur, c'est être superbe"¹⁴. No dudo de que muchas personas, muchísimas, son en religión farisaicas y supersticiosas; es decir, reducen la religión a lo externo. Pero por huir de ese defecto de insinceridad, no reduzcamos tampoco la religiosidad a una vaga sombra de emoción inexpressada, sin consistencia, sin robustez. La práctica le es indispensable, y la práctica *social*. No quiero abusar de su paciencia y de su tiempo desenvolviéndole este aspecto de la cuestión. Ya le doy demasiada lata. Pero mi afán, querido Don Serapio, es conjurarle a que dé rienda suelta a la manifestación externa de sus sentimientos; y enseguida verá cómo se organizan, se afirman, se condensan en una luminosa realidad del alma, la misma que N. S. [Nuestro Señor] llama "espíritu y verdad". A San Serapio le he pedido hoy que interceda por nosotros todos y muy especialmente por quien lleva tan dignamente su santo nombre. Le abraza con el mayor cariño y gratitud su buen amigo.

MGMorente

P.D. Aquí tenemos la obra del Cardenal Gomá¹⁵. Muchas gracias.

IV.

Poyo, 19 de enero de 1939

Mi querido Don Serapio.

Reciba ante todo la expresión de mis votos más fervorosos porque el año que empieza le colme a usted de las mayores venturas posibles para la humana condición. Se lo pido a Dios con todo el fervor de mi alma. Y también le pido que encuentre usted la paz y la tranquilidad en el único lugar en donde verdaderamente se hallan, que es en el seno de Nuestro Señor Jesucristo. Yo lo sé por experiencia directa; pues en la mayor desesperación y tribulación que cabe imaginar, sentí, percibí inmediatamente su caricia y su consuelo; y fue como hacer de mí otro hombre, porque se asentó en mi alma tal conformidad, tan confiada entrega y abandono a la voluntad de la benévola y caritativa Providencia, que nunca más desde entonces ha padecido mi alma inquietud ni zozobra. Quiera Dios endulzar también su vida de usted, que tanto lo merece, por su radical bondad, sinceridad y hombría de bien.

Las recientes victorias de nuestro glorioso ejército –toma de Tarragona y Cervera– me hacen concebir, creo que a todo el mundo, muy grandes

¹⁴ "Hace falta que lo exterior se una a lo interior...; es decir, ponerse de rodillas, rezar con los labios, etc... Esperar de este exterior el auxilio es ser superstitioso; no querer unirlo a lo interior es ser soberbio".

¹⁵ Se refiere al cardenal-arzobispo de Toledo Isidro Gomá y Tomás, cardenal primado durante la guerra civil.

esperanzas. Quiera Dios realizarlas y pronto. Si ve usted al Señor Cardenal, preséntele de mi parte –aunque no tengo el honor de conocerle en persona– mis más rendidos respetos. Y para usted, querido Don Serapio, con un abrazo muy fuerte, todo el cariño y la gratitud de su incondicional amigo.

MGMorente
Convento de los PP. Mercedarios de Poyo
Apartado 5. Pontevedra

Carta de Manuel García Morente a José de la Muela

V.

Vigo, 16 de Agosto de 1938

Paseo de Alfonso XII, 29 - 1º

Querido Pepe:

Recibo tu carta ahora mismo; y como veo que mi contestación no te alcanzaría a Cestona, te la remito a Málaga. Y no te creas que haya sido por falta de ganas o por olvido por lo que no te he escrito antes. Llevo muchos días queriendo escribirte y diciéndolo a mis hijas y a Trinita. Pero aguardaba a poder comunicarte de un modo fijo y definitivo lo que vayan a hacer mis hijas, a las que estoy pensando enviar a Málaga. Todavía no tengo resuelto este punto, en espera de ciertos datos que han de llegarme de un día para otro. Pero en vista de tu cariñosa carta, no quiero ya demorar por más tiempo el escribirte.

¿Con que mi resolución transcendental te ha dejado turulado? La expresión me ha hecho reír. Sin embargo, me extraña a mí, a mi vez, el que te haya sorprendido tanto. Porque tú me conoces bien; sabes cómo soy; y conociéndome no es difícil comprender la resolución que he tomado. Siempre he sido muy sensible a los llamamientos de la conciencia. ¿Cómo podía desoír la voz imperiosa de Dios, que desde hace más de un año me llama sin cesar y me señala el camino por donde debo ir? Lo difícil, lo casi diríamos milagroso, era que el Señor me devolviera su gracia a mí, pecador empedernido, y me inundara de pronto con la luz de su caridad infinita. Pero una vez que ha querido sacarme de la obscuridad en que vivía, ¿qué menos podía yo hacer para agradecer y retribuir tan gran beneficio, tan inmensa merced, que dedicar todo el resto de mi vida a su servicio directo e inmediato? Esto cae de su peso. Lo otro, el que Dios se haya dignado favorecerme con la caricia de su mano y de su voz, es ya otra cosa. De la cual yo no puedo darte explicación. Dios lo ha querido y lo ha hecho. Y la gracia de Dios ha caído sobre mí de un modo, por decirlo así, inesperado, sin yo pedirla. Y mi único mérito –si es lícito emplear esta palabra– estriba en no haberle resistido. Cuando hace más de un año –en Abril de 1937– me hallaba a dos dedos de la desesperación y de la locura, solo,

sumergido en la más profunda tristeza, habiendo perdido toda esperanza de recobrar a mis hijas, que andaban Dios sabe dónde, por Valencia y Barcelona, no veía en la negrura espesa de la vida un solo refugio a que acogirme, un solo consuelo con que reconfortarme. Y de pronto en mi corazón oí una voz que me hablaba suavemente y vi claramente al Señor que me ofrecía en sus brazos el consuelo y el refugio que en ninguna otra parte podía encontrar. Las teorías, las doctrinas más o menos brillantes de la filosofía y de la historia son eso, doctrinas y teorías; y nada más. Y cuando en la vida del hombre sobrevienen momentos profundamente trágicos; cuando todo lo humano se hunde y todas las doctrinas se confunden y estallan en pedazos, ¿de qué sirve todo eso? ¿Quién puede consolar al que de veras llora con el corazón hecho polvo? Pues una de dos: o no hay en absoluto consuelo y solo sobreviene la muerte eterna y una acomodación animal a la vida vegetativa; o el consuelo solo puede venir de quien está por encima del mundo y de la realidad humana, de Dios infinito e infinitamente caritativo, que es el único que *puede y quiere* consolar y salvar al hombre. Cuando en mi negra desesperación yo sentí la mano cariñosa del Señor posarse sobre mi hombro, y su palabra y su sonrisa ofrecerme el seguro refugio de su amor, me sentí tan profundamente consolado y rehecho, que me pareció mentira todo lo que experimentaba. No hay teoría ni ciencia ni inteligencia humana que pueda hacer eso. A nadie que sea profundamente desgraciado se le consuela con demostraciones y razonamientos. Al dolor no se acude sino con amor y dolor también. Para los que sufren, la imagen de Nuestro Señor sufriendo también y amando en pleno sufrimiento, constituye el único refugio y consuelo. Cuando yo me moría de pena y desesperación, Jesucristo me visitó y me trajo la alegría divina de su gracia. Hizo de mí otro hombre en mi alma. Me rescató. ¿Cómo voy a negarle yo el insignificante servicio de los pocos años que me resten de vida?

Quise entonces poner un poco de orden y de calma en las emociones de mi alma y pensé recluirme al menos durante unos meses en un convento benedictino. Tenía ya todo arreglado; había recibido autorización del abad; cuando de pronto, inesperadamente, el panorama cambió por completo y en menos de diez días salieron mis hijas del infierno rojo y se me presentaron en París. Entonces tuve que aplazarlo todo. Había que vivir y comer y dar de comer a ocho personas. Ahora las cosas han cambiado. Durante el año de Tucumán no he cesado de oír la voz de Dios llamándome a su servicio inmediato. Por eso me he venido, con dinero bastante para que durante unos meses o un año vivan los míos y pueda yo hacerme, al menos en iniciación, una nueva vida. Dentro de quince o veinte días ingreso en el Seminario. Espero que en poco tiempo –quizá no más de dos años– me consideren mis superiores digno de recibir las sagradas órdenes.

Esta es, querido Pepe, en poquísimas palabras, la historia de lo que me ha sucedido y los fundamentos principales de todo ello. Me pedías que te

adelantase algo de lo mucho que podíamos hablar. Pues ahí va lo principal, aunque muy escuetamente dicho. No temas ni vaciles en pedirme cuantas aclaraciones y confirmaciones quieras o necesites. Nada podrá serme más grato que dedicarte cada diez o doce días unos minutos de correspondencia; que a mí mismo me servirán ya para aclararme algunos puntos y algunas ideas y sentimientos. Dame noticias detalladas de los tuyos, Carmen, Casimiro, etc. y de la familia de Cecilia. A Cecilia mis saludos más cariñosos. Si mis hijas van por fin a Málaga, ya te escribiré pidiéndote unas cuantas cosas para ellas. Recibe un gran abrazo de tu invariable amigo

Manuel

Cuando me escribas, ponme tus señas, que no recuerdo. Además no sé si seguirás viviendo en la Caleta. Esta carta la envió por tía Carmen Alarcón.

Javier Carballo OP
Facultad de Teología de San Esteban
Plaza del Concilio de Trento s/n
37001 Salamanca
jcarballo@dominicos.org